NUESTRO CUERPO TAMBIÉN: PENSAR EN PRECARIO EN LA ESPAÑA DE LA CRISIS¹

Albert Jornet Somoza

(University of Pennsylvania)

En estos tiempos harían falta ensayos, muchos ensayos, ortodoxos o lisérgicos, experimentales o académicos, divulgativos o con un registro de lengua que se corte con cuchillo y tenedor, a la manera de Adorno (...) Harían falta cabezas que formularan preguntas e incluso se atrevieran a arriesgar intrépidamente alguna respuesta. Cabezas dispuestas a cuestionar la panacea tecnológica y el orden establecido.

Marta Sanz, «El espacio conflictivo del ensayo»

En momentos históricos de confusión y alteración del orden establecido es seguramente cuando se hace más evidente la necesidad del pensamiento para las sociedades. Emergen entonces, en la esfera pública, las figuras del saber que se han generado en ellas y lo hacen, al menos desde hace unos siglos, adoptando en su mayoría el género ensayístico para dirigirse a una comunidad lectora que espera encontrar en ellos ciertos asideros para orientar sus ideas o comportamientos. El ensayo es entonces la forma que adquiere predominantemente el pensar sobre lo colectivo, sobre la comunidad, en busca de nuevas ideas para compartir. La historia reciente de España nos brinda dos claros ejemplos de esto: tanto durante la transición democrática (especialmente en los años setenta) como a raíz de la última crisis financiera y política (a partir de 2008) uno de los fenómenos editoriales más destacables ha sido precisamente la eclosión del ensayo en toda su polícroma paleta de registros, formas y temas. Aunque merece la pena destacar la principal diferencia entre un momento y otro. Si en el primer caso lo que proliferó fue la reflexión sobre todo aquello que había quedado silenciado por la asfixiante moral católica y la escolástica franquista, con un impulso de oxigenación filosófica muchas veces contracultural (Gracia y Ródenas de Moya, 2015: 177-206), lo que ha predominado en el caso de la crisis económica

¹ Este artículo debe mucho a muchas personas. Gran parte de lo pensado aquí no podría haber encontrado su formulación sin las horas de conversación, los proyectos y los viajes en coche con Xavi Dapena y Joaquín Pascual, con quienes siempre es un gusto pensar en y desde nuestras precariedades.

ha sido, sin duda, el enfoque científico en sus modalidades económica y política. Se trata de un tipo de ensayo casi tratadístico, con voluntad de diagnóstico desde distintas disciplinas y cuyos autores (economistas, periodistas, políticos y politólogos), que encarnan la figura del experto, han sido en muchos casos promocionados a personajes públicos, si no lo eran ya, a través de programas televisivos y tribunas periodísticas.

Y, sin embargo, de modo más subterráneo, y por supuesto más reposado, también el ensayo filosófico y literario, de aliento libre y con intención de profundizar en las tendencias y patologías de nuestra sociedad, ha ido dedicándose poco a poco al asunto, dando curso a una demanda de comprensión que no pase por el funcionarismo pragmático de los saberes estancos, ante el estado generalizado de incertidumbre que supuso la desarmante crisis. En estas páginas propongo acercarnos a un tipo de producción ensayística española de la última década, bien diferenciada de los libros antes mencionados por cuanto no se escribe desde la posición enunciativa del *experto* (es decir, la figura del saber que habla en nombre de una disciplina autorizada y con cierto respaldo institucional para afirmar taxativamente diagnósticos y pronósticos) sino que se profiere desde voces que dan cuerpo discursivo a una experiencia (individual, pero compartida) de vulnerabilidad. Porque lo que ha dejado tras de sí la crisis económica y política es precisamente un paisaje devastado de vidas precarizadas, dañadas e hipotecadas, creo que es en la (re)presentación de esta experiencia donde podemos encontrar de manera más fehaciente sus consecuencias para la literatura y el pensamiento de la última década. Por eso, abogo por comprender lo que denominaré «constelación ensayística de la vulnerabilidad» como fenómeno literario en cierto sentido paralelo a lo que en otros géneros se ha venido a llamar, por ejemplo, la «novela de la crisis» o la vuelta de la cuestión social en la poesía, teatro, cine o documental. Además, me propongo reflexionar sobre las posibilidades que alberga este tipo de prosa de ideas para la construcción de una figura intelectual que se ofrezca como alternativa a la del experto.

Para ello, sugiero, en primera instancia, acercarnos a algunos de los aportes que se han producido recientemente desde la teoría literaria y la filosofía política para entender el fenómeno de la precariedad y la vulnerabilidad, en una comprensión que va mucho más allá de la consideración economicista. Posteriormente, trataré de perfilar un *corpus* de ensayos contemporáneos que, en mi opinión, gravitan en torno a esta concepción para intentar deslindar

las características que los hermanan y las claves que hacen de ellos un modo de pensamiento en cierta manera contrahegemónico. A tal efecto, me servirá particularmente el ensayo de Raquel Taranilla, *Mi cuerpo también*, de cuyo título se hace eco evidente el de este artículo. Con ello, pretendo finalmente bosquejar lo que puede entenderse como una *poética del pensar en precario* y calibrar sus potencialidades y sus problemáticas, además de intentar analizar las consecuencias tanto para el género del ensayo como para la figura social del intelectual. Esto nos ha de llevar a cuestionar las coordenadas de enunciación tradicionales del ensayo, es decir, plantear la pregunta: ¿desde dónde (o en nombre de qué) se ensaya? ¿Qué tipo de racionalidad se vehicula en su escritura y cómo se inviste, o no, de autoridad? ¿Qué subjetividad se ha construido, tradicionalmente, a través de este género y qué caracteriza su voz?

1. Vulnerabilidad, precariedad, precarización

Si asumimos la necesaria simplificación a que la brevedad nos obliga, podemos afirmar que en las recientes conceptualizaciones sobre el fenómeno de la precariedad han confluído dos líneas de pensamiento: una dedicada a analizarla en su condición económico-social y su vinculación intrínseca con el capitalismo avanzado, y otra, más teórica o especulativa, que la concibe como un estado político-ontológico, aunque desubstanciado, del ser. De ahí que sea necesaria una breve aclaración terminológica, pues, como sintetizan Palmar Álvarez y Antonio López-Quñones (2016: 6-7), para la primera corriente la «precariedad» se refiere «fundamentalmente a una suerte de nuevo (y casi unilateral) contrato social en el que empeoran las condiciones de vida para una inmensa mayoría de la población», mientras que para la segunda «la palabra precariedad (o términos equivalentes) apunta a la disposición más esencial del individuo, que antes y después de erigirse como tal, se encuentra (...) radical y ontológicamente imbricado en algo que lo trasciende, supera y, al mismo tiempo, constituye». Por este motivo, aquí seguiremos la propuesta terminológica de Isabell Lorey (2015, 2016), aunque compartida por otros autores, quien propone diferenciar claramente, a pesar de sus significados interrelacionados, los conceptos «precariousness», «precarity» y «precarization», conformando una suerte de archipiélago de sentido. Los traduciremos aquí, de acuerdo con otros pensadores, por «vulnerabilidad», «precariedad» y «precarización», respectivamente.

Desde que publicara sus libros *Precarious Life* y *Frames of War*, es seguramente Judith

Butler (2006, 2010) la autora que más ha influenciado a la hora de pensar la vulnerabilidad (*precariousness*) en los últimos años. En ellos, la filósofa americana, partiendo de la ética levinasiana y del diálogo con la obra de Agamben, se propone reflexionar sobre la pregunta ontológica: *¿qué es una vida?* Su respuesta, que pretende huir de toda fundamentación extracorporal del ser (de ahí que podamos hablar de una ontología desubstanciada o post-metafísica) y que le permite distinguir entre «vulnerabilidad» y «precariedad», queda bien resumida en el extenso párrafo siguiente:

Hablar de «ontología» a este respecto no es reivindicar una descripción de estructuras fundamentales del ser distintas de cualquier otra organización social o política. Antes al contrario, ninguno de estos términos existe fuera de su organización e interpretación políticas. El «ser» del cuerpo al que se refiere esta ontología es un ser que siempre está entregado a otros: a normas, a organizaciones sociales, a políticas que se han desarrollado históricamente con el fin de maximizar la vulnerabilidad para unos y de minimizarla para otros. No es posible definir primero la ontología del cuerpo y referirnos después a las significaciones sociales que asume el cuerpo. Antes bien, ser un cuerpo es estar expuesto a un modelado y a una forma de carácter social, y eso es lo que hace que la ontología del cuerpo sea una ontología social. En otras palabras, que el cuerpo está expuesto a fuerzas sociales y políticamente articuladas, así como a ciertas exigencias de sociabilidad —entre ellas, el lenguaje, el trabajo y el deseo— que hacen posible el persistir y prosperar del cuerpo. La concepción de la «vulnerabilidad», más o menos existencial, aparece así vinculada a una noción más específicamente política de «precariedad» (Butler, 2010: 15-16)².

Entender, por lo tanto, la vulnerabilidad como condición existencial del ser supone instalar el cuerpo en el centro de la consideración sobre lo que cualquier vida pueda ser, para señalar su radical condición de dependencia de, y apertura hacia, el/lo *otro*. No existe, pues, un fundamento que apriorísticamente invista de sustancia al sujeto (ni Dios ni el alma ni el *cogito* cartesiano moderno) sino modos de corporalización en estrecha interrelación con los espacios que se habita en régimen de continuidad y con los demás cuerpos, de los que se depende para el propio sostenimiento. Por eso, como señala Ignacio Mendiola (2014: 48), adoptar esta «ontología encarnada» supone rechazar la «falaz visión de un sujeto autocentrado que encumbra su subjetividad al tiempo que minusvalora todos aquellos cuerpos que no encajan en la subjetividad privilegiada». Que todo ser, por lo tanto, sea vulnerable significa que toda

² En favor de la claridad expositiva de este artículo, he alterado, en este párrafo, la propuesta de traducción que da Bernardo Moreno Carrillo. Mientras él traduce *precariousness* por «precariedad» y *precarity* por «precaridad» (apostando por mantener el extrañamiento del neologismo inglés), creo que la tendencia más compartida es la de traducir la primera por «vulnerabilidad» y la segunda por «precariedad». Eso es lo que he modificado de la traducción original.

forma de vida es interdependiente de un entorno que le afecta y la constituye, o sea, que está «entregada a otros», como apuntaba Butler.

De este exponerse radical del ser se colige que el individuo no preexiste a la organización y las fuerzas político-sociales en las que toma cuerpo. Unas fuerzas que no sólo le anteceden, sino que, en virtud de su capacidad para distribuir y gestionar jerárquicamente la infraestructura material necesaria para el mantenimiento y desarrollo de cualquier vida, acentúan o minimizan la fragilidad de esta exposición, es decir, lo abocan o lo alejan, con mayor o menor intensidad, a la carestía, la desposesión, la incertidumbre o la violencia. Esta dimensión más nítidamente política del ser, en su modo de incardinarse en lo social a través de distintos grados de inseguridad y amenaza, es lo que da lugar a la «precariedad», diferenciada así de la vulnerabilidad, que es ontológicamente compartida y que no admite gradación.

La precariedad así entendida resulta consubstancial al capitalismo por cuanto éste deja a merced de la «mano invisible» del mercado la distribución de la riqueza, instaurando así una nueva jerarquización en función de quién necesita, o quién puede, vivir de su fuerza de trabajo y cómo. Por eso, la fase avanzada del capitalismo nacida de la contrarrevolución neoliberal, el progresivo desmantelamiento del estado de bienestar (que actuaba como contrapeso redistributivo) y el «desbocamiento del capital» (López Petit, 2009) que supuso la desregulación financiera a partir de los años 80, además de la pérdida de cualquier horizonte ideológico alternativo y de la de un sujeto histórico antagonista como era el proletariado, inauguran un nuevo contrato social caracterizado por la creciente y alarmante exposición de cada vez más parte de la población a la carencia y la incertidumbre. No en balde, en un orden mundial marcado por la lógica de la «acumulación por desposesión» (Harvey, 2004) ha surgido la nueva categoría social que Guy Standing (2013) ha popularizado como «precariado» y que, más que a una clase social en su sentido fuerte, alude a una serie de características compartidas por esa mayoría de la sociedad que está obligada a poner su fuerza de trabajo a disposición de unas fuerzas productivas que cada vez le aseguran menos su sustento material y la posibilidad de una vida digna.

Y eso nos lleva al último término, el de «precarización», con el que se ha venido señalando la capacidad, por parte de este nuevo orden mundial del capitalismo avanzado, de instrumentalizar la precariedad como eficaz forma de gobierno para su propia preservación (y

con la suya, también la de las desigualdades que perpetúa). Para explicarlo, Isabell Lorey recupera la noción foucaultiana de *gubernamentalidad* como conjunto de técnicas de control propias del biopoder, es decir, de aquellas que se adoptan no ya a través de la imposición restrictiva de la ley ni del uso de la fuerza sino de mecanismos más sutiles de ordenamiento social a través de prácticas sancionadoras. En este sentido, la precarización supone un dispositivo de gobierno a través de la constante gestión de la inseguridad y de la amenaza de la desposesión, en tanto que modos de disciplinar los cuerpos y lograr que sus comportamientos se encuadren en la lógica de producción establecida: «In a governmental perspective, precarization can be considered not only in its repressive, striating forms, but also in its ambivalently productive moments, as these emerge by way of techniques of self-government» (Lorey, 2015: 14).

Hablar de precarización supone, por lo tanto, comprender que lo que está en juego es un cierre ideológico en virtud del cual las aspiraciones de llevar una vida digna están sometidas a la adopción de los mecanismos disciplinarios que el orden neoliberal impone: individualismo institucionalizado, régimen de competitividad como principio básico de todas las relaciones socio-productivas, gestión del yo convertido en emprendedor-de-sí, financiarización de la propia vida, imposición de un estado securitario que decide qué vidas son vivibles, etc³. Y todo ello presentado biopolíticamente como capacidad de elección en régimen de libertad (la libertad del mercado) que tiene el efecto de responsabilizar únicamente al sujeto individual de sus malas o buenas decisiones, y por lo tanto también de su situación de precariedad o de fortuna, en un orden que reduce la agencia del sujeto a su fuerza productiva (marginando todos aquellos que no la poseen o la ven mermada: enfermos, incapacitados, inmigrantes, ancianos, etc.) y en el que «es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo»⁴.

Los tres términos aquí esbozados, por lo tanto, configuran, como se puede apreciar, una red de significados, un universo multicapa de sentido, en el que se parte de una visión ontologizante del ser (vulnerabilidad), se incide en el hecho de que su disposición social lo arroja siempre a un determinado grado de exposición a la desposesión o la falta (precariedad) y se descubre cómo, en el actual sistema del capitalismo avanzado o neoliberal, la gestión biopolítica de esta precariedad permite un determinado control de los cuerpos, que son sometidos a pautas de comportamiento y normas de encuadramiento social (precarización).

³ Para una exposición clara y exhaustiva de estos dispositivos de gubernamentalidad propios del neoliberalismo, puede acudir al libro de Christian Laval y Pierre Dardot (2013).

⁴ Esta famosa frase se atribuye, según Mark Fisher (2009: 2) a Frederic Jameson o Slavoj Žižec.

Con todo, uno de los espacios de problematización que abre esta teoría de la precariedad es el del sujeto o, por decirlo en palabras de Jacobo Muñoz (2002), el del «sujeto de la vida dañada». En mi opinión, una de las aportaciones más interesantes de esta perspectiva es que permite incorporar (y desarrollar aún más) la desestabilización de la idea del «sujeto soberano y libre» característica de la modernidad crítica, desde Freud a la escuela de Frankfurt, desde Wittgenstein al post-estructuralismo (ídem: 369-387), pero sin caer en la vuelta al sujeto fuerte que supusieron los paradigmas de las políticas identitarias (*identity politics*) y el pensamiento de la diferencia o las diversas reivindicaciones de la figura del testimonio. Pensar la vulnerabilidad de este modo político-ontológico permite, pues, reinstalar cierto universalismo débil o de tono menor en la filosofía del sujeto, haciendo uso de una racionalidad autocrítica, sin permitir que el uso de esta racionalidad deje de ser cuestionado en tanto que potencial instrumento de jerarquización y dominación. Por otro lado, en su dimensión social, la categoría del «sujeto precario» ha sido ampliamente utilizada para comprender ciertos mecanismos de resistencia política actuales y el tipo de movilizaciones que han surgido en el siglo XXI (primaveras árabes, Occupy Wall Street, Nuit Dbout, 15M, mareas, PAH, etc.), en lo que se ha querido ver como una nueva posibilidad de agencia propia de la «multitud»⁵, como sucesor histrico del sujeto proletario o revolucionario.

En su contra, sin embargo, se han alzado voces crticas desde la izquierda poltica que le han achacado a esta nueva figura esencialmente dos problemas: por un lado, el hecho de que en realidad se trate de una categora muy porosa en la que no est claro quin se aglutina o cmo se pertenece a ella (hay ciertamente una tipologa de sujetos precarios difcil de convocar bajo un mismo marbete, por cuanto no est claro que sus intereses o aspiraciones polticas sean las mismas: desempleados, trabajadores temporales, desahuciados, inmigrantes y emigrantes, cuidadores, pero tambin minoras identitarias o marginalizadas, mujeres, enfermos, ancianos, colectivos lgtbi, etc.) con lo que difcilmente puede derivar en un sujeto poltico propositivo y dirigido al cambio institucional, ms all de cierta poltica esttica y el grito de impugnacin del orden establecido; por el otro lado, algunos autores han visto en esta figura el riesgo de caer en el paradigma victimolgico o testimonial, dibujando as un perfil dbil, desempoderado, incapaz e inerte, en virtud, precisamente, de su vulnerabilidad. A la segunda crtica ha respondido

⁵ Son por supuesto Antonio Negri y Michael Hardt los autores que, en varias de sus obras, ms han trabajado la idea de multitud. Por otro lado, en la primera parte de su libro *Declaracin* (2012) dividen el sujeto precario del que hablamos en cuatro «figuras subjetivas de la crisis»: el endeudado, el mediatizado, el securitizado y el representado.

recientemente Judith Butler (2016) argumentando que la vulnerabilidad⁶ no es sino, en todo caso, el requisito para la resistencia política y en ningún caso debe entenderse como fin, sino como condición para la movilización de los agraviados por la precarización rampante⁷. Lo cual nos lleva a la contracara de la primera crítica, pues, si bien se trata de un grupo heteróclito y en cierto modo confuso, a la vez, el sujeto precario es capaz de establecer nuevos vínculos sociales que no existían hasta la fecha, o que, de existir, habían sido minoritarios.

Este nuevo vínculo se erige al instalar la propia idea de vulnerabilidad compartida (por todo aquel que se siente precario, pero también por todo ser humano debido a su propia naturaleza) en el espacio de lo común, es decir, como principio ético de organización o de guía del comportamiento. Para las políticas de la precariedad, efectivamente, denunciar la precarización neoliberal supone la voluntad de reemplazar el culto al individuo autosuficiente que le es propio por la búsqueda de lo común, en tanto que bien público pero también como espacio de interrelación y de interdependencia, es decir, como nuevo vínculo social. En este sentido, dos destacados ensayistas españoles contemporáneos ejemplifican muy adecuadamente estas preocupaciones: se trata de Marina Garcés, que con sus dos libros recientes, *Un mundo en común* (2013) y *Filosofía inacabada* (2015) ha explorado la faceta más existencial de la vulnerabilidad y las consecuencias filosóficas de adoptar una nueva visión antropológica no-liberal, y de César Rendueles, quien, partiendo de la reflexión sobre la pérdida de vínculo social en *Sociofobia* (2013) se ha interrogado también, con Joan Subirats, sobre qué son, precisamente, *Los (bienes) comunes* (2016). Del mismo modo, es justo destacar que la original obra de Remedios Zafra está atravesada por estas preocupaciones, anclada en la reflexión feminista en torno a lo visual y las formas de conectividad social e individualización en un mundo 2.0, hecho de pantallas.

Por último, situar la fragilidad intrínseca del ser humano en una concepción político-social a contrapelo conlleva necesariamente desacreditar la figura contemporánea del *homo economicus* o del *homo competitor*, según propone Victoria Camps (2016: 163), como único sujeto privilegiado del engranaje social, para proponer otras lógicas que no sean las meramente productivas o financieras. En este sentido, desde la llamada economía feminista, y especialmente en la estela del trabajo de pensadoras como Silvia Federici o Joan Tronto, se ha incidido en la necesidad de dar valor al trabajo no-productivo, es decir, a aquél, necesario por definición, cuyo

⁶ Para un buen compendio de críticas a las teorías de la precariedad puede acudir al interesante artículo de Antonio Gómez L-Quiñones (2016).

⁷ Argumentos muy parecidos se pueden encontrar en un reciente artículo de Amador Fernández-Savater (2017).

objetivo no es otro que el mantenimiento de la vida: lo que se ha denominado como trabajo *reproductivo* o de *cuidados* (las tareas, tradicionalmente asignadas a las mujeres, consagradas al hogar y a la familia, pero también al sostenimiento solidario de la especie, como la crianza, la maternidad o la atención a ancianos, enfermos, discapacitados y colectivos amenazados), un trabajo que ha quedado históricamente fuera del valor monetarizado que otorga el mercado. En España, el colectivo académico-activista «Precarias a la deriva» vino investigando sobre estos aspectos desde, al menos, 2004, y dos de sus integrantes, Amaia Pérez Orozco (2014) y Silvia López Gil (2011) son hoy referencias en la materia, junto a otras pensadoras de la inmediata generación anterior, como Cristina Carrasco Bengoa o Yayo Herrera.

2. Una constelación ensayística de la vulnerabilidad

Llegados a este punto, terminada esta breve cala terminológica, cabe preguntarnos en qué medida nos sirve esto para pensar el ensayismo nacido al calor (o al frío) de la crisis económica y política en España. En primer lugar, si entendemos, pues, la precariedad como un signo social de los tiempos que corren, debemos acordar que ésta exige sin duda ser pensada y representada. Para ello, el paradigma u órbita filosófica de la vulnerabilidad se ofrece como renovadora corriente. Si, como hemos visto, con la crítica al sujeto y al orden capitalista, a lo que nos invitan estos autores es a una nueva forma de pensar y de pensarnos, la influencia de estas propuestas en el territorio español no puede dejar de tener consecuencias visibles en el desarrollo de la prosa de ideas, es decir, del ensayo literario o filosófico. Subrayaba, en este sentido, la propia Silvia López Gil (2014: 107) que lo que se pretende revocar a través de estas propuestas es el extendido «ideal de independencia» que afirma que «la vida es un proyecto individual», que «la conciencia se basta a sí misma para conocerse y ser» y que «las personas son física y psicológicamente autosuficientes» con el objetivo de situar «en el centro del debate la necesidad de una responsabilidad colectiva —social, estatal y de los hogares— en el cuidado de la vida, (...) teniendo en cuenta la vulnerabilidad de los cuerpos» (ídem: 104). Parece obvio, por lo tanto, que el objetivo de estos autores no es sólo el de intentar movilizar un nuevo sujeto precario en resistencia sino, principalmente, el de combatir un factor ideológico instalado en el pensamiento mayoritario o hegemónico propio del capitalismo (y acentuado en su fase avanzada) y que hunde sus raíces en la tradición del liberalismo político y filosófico: la idea,

axial y aproblemática, de que todo sujeto es independiente y radicalmente libre, dotado de una agencia que le viene dada por su simple condición de individuo.

En este sentido, también resulta necesario atender a la dimensión lingüístico-performativa de la vulnerabilidad. Tal como señala Judith Butler, que el cuerpo preexista a toda subjetividad implica que la construcción del sujeto (operación esencialmente lingüística) depende del *habla* que actúa en él. En otras palabras: para poder hablar, el «yo» debe haber dejado que el habla actúe previamente en él, que lo constituya. La posibilidad de construcción del sujeto, por lo tanto, depende en última instancia de su condición de estar expuesto al lenguaje, es decir, del acatamiento de la norma. De este modo, la norma lingüístico-social se presenta como: 1) aquello que nos forma y que define el contexto restringido de cualquier tipo de agencia, y 2) como la posibilidad misma de la intersubjetividad y de las condiciones infraestructurales de una vida vivible⁸. En última instancia, pues, la condición de «ser afectado» por el habla supone también la posibilidad del desvío de la norma, de que lo «*queer*» suceda. Por todo esto, cualquier actuación desde la vulnerabilidad también parece requerir un trabajo sobre el sentido, sobre el lenguaje.

2.1. Posibilidades y escollos del género ensayístico

Aquí es donde creo que el género del ensayo filosófico-literario ofrece un potencial del que carecen otras formas literarias para incorporar la tradición filosófica de la vulnerabilidad. En primer lugar, porque el ensayo posee una doble vertiente como vehículo de las ideas: una denotativa o referencial (permite señalar fenómenos de la realidad sobre los que se quiere reflexionar) y otra performativa (ya que, al mostrar el modo de funcionar propio del pensamiento, también señala las coordenadas enunciativas de prestigio intelectual en cada época y contexto históricos). Si a eso le añadimos que se trata, sin duda, de un «género del yo», obtenemos que a través del ensayo, pensadores y escritores pueden no sólo discurrir sobre la precariedad del presente sino *mostrar* de qué manera y desde dónde se puede proyectar un pensamiento contrahegemónico, a la vez que demostrarlo cuestionando la propia voz y el propio yo. En otras palabras, el ensayo permite: 1) reflexionar sobre el fenómeno de la vulnerabilidad y analizar la precariedad del presente; 2) mostrar, a través de la problematización del yo, una idea de subjetividad *otra*, que no sea la del sujeto liberal o soberano, es decir, una subjetividad performativa, corporalizada y dependiente, atravesada por discursos ideológicos que la definen y la posibilitan; 3) cuestionar

⁸ Escribe Butler (2016: 18-19): «We are treated, hailed, and formed by social norms that precede us and that form the constraining context for whatever forms of agency we ourselves take on in time. (...) But there is a second sense of norms, and those are not precisely counter to our sense of agency: they constitute the intersubjective and infrastructural conditions of a livable life».

el propio espacio enunciativo y ofrecer un ejemplo de modo de discurrir (o sea, una poética del pensar) que no reproduzca los problemas propios de la figura del intelectual individual y prestigiado (que busque, por ejemplo, romper con cierta jerarquía establecida de los saberes, que no pretenda imponer una verdad sobre lo fenoménico, que adquiera un tono menor como correlato de la propia vulnerabilidad o que incorpore, de distintas maneras, ideas y voces ajenas para reflejar la conciencia de vivir una experiencia compartida); y 4) identificar, finalmente, esa subjetividad ensayada como un sujeto vulnerable, es decir, que habla desde las grietas que lo surcan.

De este modo, creo que el ensayismo de la vulnerabilidad puede dibujar una nueva voz intelectual que se postule como figura de un saber experimental y situado (en su propio cuerpo y condiciones históricas), que no aspire a investirse con la autoridad del experto y que desconfíe de la verticalidad y la propensión al mesianismo propia de la función del intelectual predominante a lo largo del siglo XX (desde el «forjador de conciencias» unamuniano al *maître à penser* encarnado por Sartre). Se trata, por lo tanto, de preguntarnos sobre la potencialidad de este género para demarcar una nueva figura de conocimiento, que podríamos llamar, a modo de tanteo, «intelectual vulnerable» (a pesar de que no tendremos espacio aquí para una formulación clara de lo que esto pueda ser, creo que sí que podremos aportar algunos elementos para orillar un primer esbozo de este concepto).

Para ello, cabe recordar que, desde su momento mismo de aparición, el género del ensayo gravita en torno a dos polos: el yo y el dolor. Cuando Montaigne proyecta sus «essais» lo hace a raíz del sufrimiento y la soledad a los que fue arrojado a partir de la muerte de su inseparable amigo, Étienne de la Boétie, y de ahí que el resultado sea una escritura ensimismada y doliente, tragicómica, como todo género nacido de la modernidad. Ese giro hacia una interioridad afectada por la pérdida le permite al alcalde de Burdeos rehuir, con toda la fuerza del desacato, tanto el marco literario hegemónico en su época (es decir, las rígidas normas de la preceptiva clásica) como los estruendos políticos del fanatismo religioso que azotan la Francia del XVI. Por eso su escritura está dotada de una radical singularidad. Pero el yo que Montaigne «pinta», como nos recuerda en su prólogo, es un yo anclado en el cuerpo y la experiencia, tangible, que no busca fundarse en ninguna trascendencia ni justificarse en su reducción racionalista, como en el caso del *cogito* cartesiano. En contraposición con el intransitivo y

fundante papel del pensar en Descartes, para el escritor bordelés, que hizo lema y blasón de la pregunta «*que sais-je?*», el pensamiento se ofrece como impulso de (auto)búsqueda («¿qué es lo que yo sé?»), siempre irresuelto, y a la vez como límite irónico y descreído de toda certeza última («¿y yo qué sé?»), hecho que convierte a todo ejercicio racional o de escritura en mera tentativa, en *ensayo*⁹. Es precisamente de la adopción de ese tono menor pensante y liberado, escéptico, a contracorriente, que este género obtiene su atractivo y su emotividad intelectual. Y también su potencialidad politizadora: la renuncia a una racionalidad totalizadora y sistémica y el descreimiento sobre la capacidad de la razón de alcanzar una verdad última presentan la tarea del pensamiento y la escritura no ya como la búsqueda de una certeza que cierre el sentido sino como apertura hacia lo no-pensado, como ruptura de lo establecido. Si la razón no enuncia verdades, tampoco puede entonces ser instrumentalizada desde el poder político, sino que sirve, en todo caso, como herramienta crítica contra sus usos y abusos. De este modo, además, el género insta en su propio seno un principio ético irrenunciable, el de la «igualdad de las inteligencias» (Rancière, 2003) en virtud del reconocimiento de la propia falibilidad y precariedad de la razón, que nivela la relación entre autor y lector, enunciador e interlocutor (pues ambos comparten esta condición), inaugurando así un espacio comunicacional intelectual potencialmente desjerarquizado.

Si en todos estos aspectos parece evidente que el género ensayístico resulta idóneo para vehicular una poética pensativa de la precariedad, cabe igualmente señalar al menos tres escollos, de diferente cariz, que se lo ponen difícil. En primer lugar, se trata de la situación enunciativa del ensayo, es decir, de las condiciones materiales necesarias para poder «ensayar». Recordemos, en este sentido, que si Montaigne es capaz de acometer su proyecto es gracias, no sólo a su condición de noble y de alcalde, sino al aislamiento que le permite su castillo de Burdeos. Aquí el símbolo del castillo nos parece inquietantemente revelador, y la pregunta a la que nos conduce es la siguiente: ¿se pueden escribir ensayos desde fuera del castillo, desde la intemperie? ¿Puede un sujeto marcado por la desposesión y la carencia recurrir al ensayo? ¿Qué legitima la voz ensayística y desde dónde puede enunciarse? Sin pretender ahora aportar una respuesta definitiva sobre el asunto, dejemos tan sólo apuntado que en la toma de palabra del ensayista han confluído tradicionalmente, como condiciones previas, al menos la existencia de un holgado sustento material y una formación letrada acorde con cada tiempo. De este

⁹ Alberto Giordano (2016: 181) resume bien esta idea cuando anota: «Desde sus orígenes –el sentido común cientificista aún lo ignora para no debilitarse–, el ensayo se propone, no tanto como una alternativa al conocimiento sistemático, (...), sino como una impugnación de las totalizaciones conceptuales, que no dan lo que prometen, la objetivación de lo real, ni tienen modo de darlo».

modo, como en cualquier campo de la cultura, parece que históricamente la figura del ensayista ha estado previamente respaldada por una situación de privilegio tanto en capital económico como simbólico. Esto, por supuesto, no puede invalidar el valor de su figura, muchas veces contestataria, pero sí que nos pone sobre aviso acerca de la novedad o el desafío que supone escribir ensayos desde la precariedad material.

El segundo escollo tiene que ver con el capital simbólico que mencionamos y con el desarrollo del campo intelectual en Occidente. Si anteriormente habíamos señalado los dos polos sobre los que bascula el origen del género, el yo y el dolor, parece evidente que la evolución del ensayo a partir del siglo XVII gravitará mucho más en torno al primero que al segundo, en el que, recordemos, radicaba el germen de una poética de la vulnerabilidad. Con destacadas excepciones, el ensayista ilustrado y romántico se mostrará cada vez más orgulloso de su voz singular, en lo que muchas veces se convertirá en un ejercicio de solipsismo autocomplacido, y, a pesar de que la adopción del tono menor seguirá siendo una constante de género, no se nos puede escapar que la exhibición de un pensamiento libre y sofisticado servirá cada vez más como instrumento literario para hacerse con puestos destacados en la correlación de fuerzas de un campo cultural en vías de autonomización. En este sentido, con la progresiva aparición de la esfera pública, la prosa de ideas será uno de los campos más recurrentes para la construcción social de la figura del intelectual, hecho que en muchos casos conllevará que el mencionado tono menor o el escepticismo sobre las posibilidades del propio razonar queden reducidos a mera codificación, en lo que podemos interpretar como cierta traición a la forma del ensayo. No sorprende ver, de hecho, a algunos de los más reputados intelectuales españoles de la actualidad, muchos de los cuales son cultivadores del ensayo y del tono menor al que éste obliga, sosteniendo afirmaciones categóricas e indiscriminadas, vulgares descalificaciones o argumentos de autoridad sin el menor recato o pudor (y algunas veces, sin la menor preocupación por la veracidad de lo que sentencian, como ha demostrado recientemente Ignacio Sánchez Cuenca (2016)). Aprovechando la diferencia que subraya Alberto Giordano (2016: 189), en estos casos, los autores encarnan más bien «la figura del moralista autosatisfecho, que se cuida de interrogar el valor de sus interpretaciones para no atentar contra la eficacia del rol cultural que le asignaron» y que es contraria y excluyente respecto al *ethos* del ensayista en tanto que «experimentador que desconoce incluso cuál es el sentido de sus recorridos, en caso de que lo tengan, y encuentra en el trato con lo incierto el impulso para recomenzar».

Finalmente, el último obstáculo que debe vadear el ensayista contemporáneo en aras de encarnar una poética de la vulnerabilidad tiene que ver con el descrédito de los grandes relatos que han propiciado los discursos de la posmodernidad y que, como denuncia divertidamente Marta Sanz (2014: 155),

desplazaron al ensayo de un supuesto objetivo de eficacia política o social para situarlo a menudo en el ámbito de las coartadas metaliterarias, el sexo de los ángeles, el oscuro interior de los culturales ombligos, la autofelación contorsionista, la bola de pelusa de los escarabajos peloteros y las pescadillas que tan infructuosamente se muerden la cola.

Pensar en precario, como apunta la escritora madrileña, supone devolverle un «objetivo de eficacia política o social» al ensayo, o sea, entenderlo como un espacio de contienda simbólica donde está en juego la representación de la realidad, entendida ésta como construcción mediatizada. En este sentido, lo que aquí propongo entender como *constelación ensayística de la vulnerabilidad* formaría parte de lo que desde varios ámbitos estéticos e intelectuales se ha venido promoviendo en estas primeras décadas del siglo XXI como un «retorno de lo real» (Foster, 2001) o una «(re)conquista de la realidad» (AA.VV., 2004; Escalera Cordero, 2007). La tensión propia de este tipo de ensayo es, pues, aquella que emerge de rechazar, por un lado, cualquier certeza en tanto que objetivación de lo real pero, por el otro, representar ciertas experiencias y situaciones que tienden a ser invisibilizadas ya sea por los centros mediáticos de información o por los saberes que ocupan los puestos de privilegio en la jerarquía epistemológica de la modernidad.

2.2. Propuesta de corpus

Como vemos, el género ensayístico se muestra como una ventana de posibilidades, aunque no sin problemas, para la representación o expresión del sujeto precario, entendido este desde la complejidad que nos brindan los conceptos de vulnerabilidad, precariedad y precarización. En este sentido, propongo acercarnos a un corpus heterogéneo de ensayos españoles de la última década (época marcada por la crisis financiera y política) que, creo, exploran distintas poéticas del *pensar en precario* dentro de la multiplicidad de experiencias que engloba este extenso y variado fenómeno.

Las características básicas que comparten los integrantes de esta constelación ensayística de la vulnerabilidad son las siguientes: 1) se enuncian desde un sujeto que se sabe vulnerable y dependiente, generalmente a raíz de alguna experiencia personal o del testimonio en tercera persona que intenta darle voz (migración, enfermedad, desahucio, etc.); 2) pero con una destacada voluntad política de denunciar una situación estructural y los discursos ideológicos que la posibilitan (hecho que los separa del paradigma victimológico); cosa que los lleva a 3) por un lado, erigir un contrarrelato desde su propia experiencia, que les convierte en «expertos en lo que les pasa»¹⁰ y, 4) por el otro lado, buscar dar cabida a otras voces de afectados en su propia escritura, desde la conciencia de que su experiencia trasciende la dimensión meramente individual.

En este corpus podemos encontrar un núcleo de títulos que ejemplifican claramente estos aspectos centrales, permitiendo una tipología según el tema que los vertebraba. Un primer acercamiento podría establecer esta división temológica, sin ningún ánimo de agotar las posibilidades ni de cerrar el número de integrantes. Ofrezco, más como propuesta de sintomatología cultural que como voluntad de catálogo, un par de obras de cada categoría a modo de ejemplos:

- a) Vidas dañadas o inhabitables: *A la puta calle* (2013) de Cristina Fallarás o *El Hambre* (2015) de Martín Caparrós.
- b) Sujetos desplazados: *Jo també sóc catalana* (2004), de Najat El-Hachmi o *Milagro en Barcelona. Emigrantes hoy porque emigrante soy* (2014), de Javier Pérez Andújar.
- c) Experiencias familiares, crianza e infancia: *¿Dónde está mi tribu? Maternidad y crianza en una sociedad individualista* (2013), de Carolina del Olmo, *La ràbia* (2016), de Lolita Bosch.
- d) Géneros y sexualidades no-hegemónicas: *Testo yonqui* (2008), de Paul B. Preciado, o *El amor del revés* (2016), de Luisgé Martín.
- e) Enfermedad, patologías, suicidio: *Hijos de la noche* (2014), de Santiago López Petit, *Mi cuerpo también* (2015), de Raquel Taranilla, o *La sombra del ombú* (2016) de Cristian Segura.

¹⁰ Tomo este concepto del libro de Luis Moreno-Caballud, *Cultures of Anyone*, que a su vez lo toma de Antonio Lafuente (2013) y su exploración sobre la idea de «autoridad expandida», para analizar la relación con el conocimiento de algunas estructuras de protesta y resistencia como la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH) o el 15M. Escribe Moreno-Caballud (2015: 199): «The 'expert in what happens to him' would be nothing more than 'anyone' who has freed himself from the prohibition against recognizing himself as a thinking being capable of producing meaning and knowledge, and who has therefore begun to value and expand his abilities. Thus, for example, the citizens affected by mortgages who approach the PAH become 'experts in what happens to them' when they are mutually empowered to understand better and to fight against their problem, shedding the role of victim but also the position of 'those in the dark'».

A la vez, podemos mencionar libros que, sin compartir todos los elementos señalados anteriormente, sí pueden ser considerados como satélites de esta constelación por diversos motivos. En primer lugar, tenemos ensayos que comparten su preocupación por el presente precario del planeta e inciden en la relación de ecoddependencia de lo humano y no-humano para desestabilizar la idea de sujeto soberano y denunciar las dramáticas políticas neoliberales y sus consecuencias medioambientales: obras como las de Jorge Riechmann, Félix Duque o Jesús Mosterín suelen poner el dedo en esta llaga. Por otro lado, hay ensayos que utilizan la técnica de la voz colectiva para reflexionar sobre fenómenos como la precarización de las condiciones laborales, la gentrificación o el exilio económico de miles de personas tras la crisis: es el caso de *Somos Coca-Cola en lucha* (2016), *El paseo de Jane* (2016) o *Volveremos. Memoria oral de los que se fueron por la crisis* (2016). También cabe destacar obras que juegan con los límites genéricos del ensayo, hibridándolos con la ficción novelesca o con formas como el cómic. En este sentido, podemos considerar *Panfleto para seguir viviendo* (2007 y reeditado en 2014), firmado con el pseudónimo de Fernando Díaz, y *Los últimos días de Adelaida García Morales* (2016), de Elvira Navarro, como dos caras narratológicas de una misma moneda: la voluntad de ensayar de modo ficcional la precariedad que puede o pudo ser. Del mismo modo, en *Los vagabundos de la chatarra* (2015), Jorge Carrión y el dibujante Sagar exploran las posibilidades del cómic-reportaje para denunciar (no sin problemas, desde mi punto de vista) los ángulos muertos de la globalización en los rincones invisibilizados de la marca Barcelona.

No hace falta decir que los libros mencionados anteriormente, de Marina Garcés, César Rendueles, Remedios Zafra, Silvia López Gil o Amaia Pérez Orozco forman parte sin duda de esta misma constelación ensayística. Del mismo modo, los ensayos de escritores o agentes culturales que se cuestionan el papel de la cultura problematizando los varios aspectos de su existencia en la modernidad occidental (autonomía cultural, acceso desigual a la palabra, legitimación de dinámicas de dominación, lógicas de representación, la figura individual del autor y su aura, etc.) pueden entenderse bajo esta misma órbita. Un caso paradigmático de esto lo encontramos en el sugerente y desafiante libro de Marta Sanz, *No tan incendiario* (2014), que hemos citado anteriormente y de cuyas páginas hemos extraído el epígrafe de este artículo. También podemos destacar, en este apartado, *El agua que falta* (2014), de Noelia Pena.

En lo que sigue, nos acercaremos al libro de Raquel Taranilla, *Mi cuerpo también*, para analizar algunas de las características que configuran una *poética del pensar en precario*.

3. *Nuestro cuerpo también*: hacia una poética del pensar en precario

Si he escogido esta obra es porque tal vez sea el terreno de la enfermedad el que es más representativo del cambio de paradigma en la manera de concebir el sujeto que se propone desde las teorías de la precariedad. O al menos donde más significativamente podemos aplicar estas propuestas para alterar la visión tradicional o moderna que de ella tenemos. No parece osado afirmar que, en la concepción de la enfermedad dominante en Occidente, ésta se presenta como desvío, amenaza o accidente respecto a lo que se entiende que determina la vida humana, la salud. Una consideración que implica comprender la vida como proyecto meramente personal y la propia enfermedad como algo relativo y reducible a la esfera del individuo. Una muestra sintomática de ello es la primera obra publicada por José Martínez Ruiz, Azorín, *Diario de un enfermo* (1901), ejemplo del solipsismo algo irritante al que llega el sujeto moderno tras la pérdida del fundamento religioso, tras la muerte de Dios. La representada en esta obra es la patología mental de la modernidad, la «angustia metafísica» del sujeto que se cuestiona «¿Qué es la vida? ¿Qué fin tiene la vida? ¿Qué hacemos aquí abajo? ¿Para qué vivimos?» (cursiva en el original) (Martínez Ruiz, 2015: 247). Una angustia que, pese a reconocerse a ratos como colectiva y social¹¹, no busca más respuesta que la «fiebre del genio», el culto al sujeto propio del bohemio, enclaustrado en su mismidad sin respuestas.

Por otro lado, si la modernidad abre el espacio trágico del sujeto como escenario propio de la enfermedad, el capitalismo avanzado y sus modos de gubernamentalidad, que imponen al individuo la gestión financierizada del yo en tanto que fuerza productiva al servicio de la creación de riqueza, convierte la enfermedad en debilitamiento e impotencia, en un mundo de singularidades dispuestas en imparable y encarnizada competencia. No extraña, de este modo, que el yo narcisista y altivo en su erudición que de costumbre toma voz en los libros ensayísticos de Félix de Azúa señale, en *Historia de un idiota contada por él mismo*, que uno de los propósitos que ha sostenido desde la infancia es el de «no ponerme enfermo jamás, pues es en los momentos de debilidad cuando aprovechan para reducirte a escombros» (Azúa, 1986: 12).

¹¹ En un pasaje revelador, Azorín logra apuntar el origen social de la patología, que detecta en la aceleración temporal propia de la modernidad: «La personalidad, incapaz del esfuerzo grande y sostenible, se *disuelve*. Todo es rápido, fugaz, momentáneo: el éxito de un libro, la popularidad de un autor dramático, una amistad, un amor, una amargura. Nos falta el tiempo. Las emociones se atropellan; la sensación, apenas esbozada, muere. La voluptuosidad de una sensación apaciblemente gustada es desconocida. Nos falta el tiempo. (...) Me ahogo, me ahogo en este ambiente inhumano de civilización humanitaria. Estoy fuera de mí; no soy yo. Mi voluntad se evapora. No siento las cosas, las presiento; trago, sin paladear, las sensaciones...» (ídem: 258).

Contra estas concepciones de la enfermedad (como angustia solipsista de un sujeto abocado al vacío metafísico y como debilidad improductiva e indefensa), la adopción del paradigma de la vulnerabilidad permite historizar la experiencia patológica y problematizar la ecuación «vida = salud», tan extendida a través del paradigma médico, que es el discurso evidentemente dominante hoy sobre la cuestión¹². En este sentido, *Mi cuerpo también* se ofrece precisamente como una lúcida y atrevida tentativa de proyectar un relato distinto al clínico desde la propia experiencia del cáncer.

En él, Raquel Taranilla (Barcelona, 1981), licenciada en derecho y doctora en filología hispánica, emprende la tarea de relatar, cuatro años después de sufrir un cáncer de médula, su experiencia como cuerpo sometido tanto a la enfermedad como a los procesos clínicos, políticos y simbólicos que la acompañan. Pero, para ello, como destaca Nora Catelli (2015) «no se pone frente a su cuerpo inerte sólo como una joven herida y asustada, sino como una lectora, una crítica, una académica». Como veremos, más allá de la intención de dejar testimonio de un fenómeno padecido (aspecto central en las poéticas, por ejemplo, del testimonio o de la víctima), su intención es la de construir, cargada con las herramientas del pensamiento crítico, un discurso propio anclado en el cuerpo y en la experiencia, pero que trasciende la dimensión meramente subjetiva, convirtiéndose así en un ejemplo privilegiado de poética del pensar en precario. Analizaremos a continuación cuatro de los aspectos centrales del libro de Taranilla, que comparte con la mayoría de los ensayos indicados en la mencionada constelación.

3.1. Desde, en y con el cuerpo

Ya lo hemos mencionado; el presupuesto esencial de la concepción político-ontológica de la vulnerabilidad es considerar el cuerpo como significativo mínimo de la existencia, sin fundamento que le preexista. Es desde ahí desde donde la experiencia singular puede ser reivindicada, desde la irreductibilidad de la vida, desde su imposibilidad última de ser encuadrada en discursos o conceptos. Por eso, el ensayo de Raquel Taranilla arranca con una escena sexual para, como ella misma observa en una entrevista con Gabriela Wiener (2015), «explicar que el dolor insufrible entra en diálogo con el orgasmo» ya que «las sensaciones que puede experimentar el enfermo, como cualquiera, son infinitas y no son excluyentes». En este gesto se cifra ya un primer dislocamiento de la figura del enfermo (convencionalmente

¹² Aunque no quepa aquí una aproximación a sus propuestas, mencionemos tan solo que, de Foucault a Byung Chul-Han o de Franco Berardi a José Luis Moreno Pestaña, no son pocos los teóricos o filósofos que han tratado de problematizar la centralidad de este discurso a la vez que intentan detectar las patologías sociales más extendidas en la actualidad.

pasivo) y una reapropiación de la capacidad de narrar(se), desde la única certeza de su propio cuerpo: «durante los días que pasé en reanimación (...) fui solamente un volumen. Eso es lo irreducible que hay en mí: soy el espacio que ocupa mi cuerpo» (72)¹³. Por lo contrario, como explica la autora en la introducción del libro, el proceso clínico al que su cuerpo se había sometido implicaba poco menos que su silenciamiento: «Recibir tratamiento médico implica, en esencia, que tu cuerpo sea protocolizado; la hoja de ruta médica contempla tanto el éxito como el fracaso. (...) Dejarme llevar por la maquinaria clínica y que no ocurriera nada fuera de lo previsto liquidó la posibilidad de un relato» (11). En este sentido, el cuerpo que se reivindica desde el mismo título del ensayo de Taranilla no sólo es el espacio de posibilidad de un relato distinto al clínico (en virtud del cual poder singularizarlo —«mi cuerpo»—, en oposición a la imagen estereotipada y abstracta a la que tiende a ser reducido todo enfermo de cáncer —el «oncocuerpo»—) sino también la de comprender la propia enfermedad como dimensión tan propia como el resto de su corporalidad: «aquelles cèl·lules (las cancerígenas) són tan jo com jo mateixa», dice la autora en una entrevista televisiva¹⁴.

Lo que detectamos, por lo tanto, en este y en otros ensayos de la precariedad, es una explícita voluntad de reivindicar la corporalidad como espacio inalienable desde el que proviene la capacidad de voz y agencia. Una corporalidad entendida no sólo como *espacio afectado* (atravesada por sensaciones, placeres, dolores y violencias) sino como lugar del que emana y en el que se incardina el pensamiento. Esto nos lleva al segundo aspecto que queremos remarcar aquí: para poder dar voz a la experiencia corporizada, a la subjetividad como construcción siempre en marcha, es preciso, por lo tanto, romper los esquematismos ideológicos que encuadran simbólicamente la vida social y que se alzan como «instancias de gobierno»¹⁵ a través de las prácticas y conocimientos que movilizan.

3.2. *Relatos no-autorizados*

«La historia clínica es el relato oficial de mi enfermedad, que basa su legitimidad en el prestigio del saber científico; ahora bien, como todas las historias es un relato parcial y que puede ser además sometido a crítica» (15). Como apunta Taranilla, pensar en precario

¹³ Todas las referencias aisladas de paginación a partir de ahora remiten al libro de Raquel Taranilla (2015).

¹⁴ La entrevista, en el programa «8 al dia amb Josep Cuní», de la televisión catalana, 8TV, se grabó el 14 de abril de 2015 y está accesible online: <http://www.8tv.cat/8aldia/tag/raquel-taranilla/>

¹⁵ Ante la pregunta, de Enrique Gavilán (2015), «¿Qué tenemos los médicos de policías y qué de jueces?», Taranilla responde, muy foucaultianamente: «La clínica, la policía, la administración de justicia son instancias de gobierno y, en ese sentido, sus prácticas son a menudo semejantes. La composición espacial del hospital, del tribunal y de la comisaría está dirigida a poder protocolizar la vida. También lo están el conjunto de sus prácticas y el estatus de su conocimiento.»

supone no acogerse a la jerarquía de saberes establecidos por una sociedad sino, antes bien, problematizarlos para trazar líneas de fuga a través de las cuales un nuevo relato pueda emerger. Se trata pues, en cierto sentido, de relatos que atentan contra la autoridad de ciertos discursos de poder (médicos, legales, institucionales, económicos, científicos, religiosos, etc.), buscando otro tipo de legitimidad epistemológica basada en una experiencia de la precariedad que no tiene cabida en ellos. En este caso, la autora entra en pugna con el discurso clínico, del mismo modo que lo hacen, en los libros anteriormente citados, Cristian Segura con el discurso moral, Carolina del Olmo con el de la psicología infantil y los libros de ayuda a la maternidad, Luisgé Martín con el moral-religioso, Cristina Fallarás con el político-austericida, Najat El-Hachmi con el identitario o Martín Caparrós con el económico¹⁶. Lo que cambia, evidentemente, en cada caso, son las estrategias de denuncia y desacato de este orden simbólico (o sea, de estos discursos).

Ahora bien, la denuncia de la oficialidad del discurso médico a la que Taranilla da curso no implica una impugnación a todo el saber científico, sino una crítica mucho más matizada y una propuesta de confluencia de saberes en la que el relato autorizado del experto no sea exclusivo ni excluyente, sino que pueda dar espacio y voz a la experiencia subjetiva:

Demonizar de entrada el avance científico es un error de bulto (...) Es incontestable que la medicina oficial cura. (...) Lo que me corresponde a mí es hacer una crítica atemperada de la práctica médica, que reconozca sus éxitos pero que recuerde también sus fracasos, sus miserias y sus limitaciones, que evidencie su servidumbre a la moralidad o a los intereses económicos de las elites (175-76).

Como vimos, la precariedad no es un fenómeno que deba entenderse desde la accidentalidad de una vida arrojada al azar y lo imprevisible, sino que tiene que ver con las estructuras de poder y de sostenimiento de las sociedades. Por eso, pensar en precario exige agrietar el orden epistemológico de lo consabido para señalar las limitaciones de lo establecido. Y, por eso mismo, Raquel Taranilla no se limita a señalar la dimensión político-económica de la gestión de su enfermedad¹⁷, sino que sobre todo intenta deslindar los dispositivos a través de los cuales el discurso clínico, en complicidad con los medios de comunicación, representa al paciente, negándole así la posibilidad de una representación otra. A lo largo de *Mi cuerpo*

¹⁶ Lo hacen para dar cauce, respectivamente, a un relato alternativo, desde la experiencia precaria, del pensamiento suicida, de la maternidad y crianza, de la homosexualidad, de un desahucio, de la inmigración o del hambre y la muerte que siembra la dramática repartición global de riqueza.

¹⁷ Por ejemplo, cuando describe la recepción de inyecciones y transfusiones de médula durante su tratamiento. Lo que en la visión clínica no es más que atención protocolaria a un paciente individual, se convierte para la escritora en un gesto que aglutina todo tipo de tensiones, intereses y dinámicas estructurales: «penetran en mí algunas tribus recónditas, todo el sistema de patentes mundial, un grupo de científicos estadounidenses, la Food and Drug Administration, varias hectáreas de selva tropical, los millones de dólares generados por la explotación del principio activo y el ejército del Potomac alzado en armas contra el linfoma» (104).

también se señalan y examinan al menos seis de estos dispositivos o estrategias de representación que se pretende cuestionar, combatir y reemplazar para poder desarrollar una narración propia, a saber: 1) la imagen del cuerpo enfermo en lucha contra sí mismo; 2) la disociación entre la enfermedad (cáncer, en este caso) y el «yo», que tiene como consecuencia la exclusión de la anomalía física como fenómeno connatural al propio cuerpo; 3) la objetivación del sujeto enfermo como cuerpo pasivo (la conversión del enfermo en «paciente»); 4) el recurso a tecnicismos clínicos que impiden la comprensión del relato autorizado por parte del sujeto enfermo; 5) el uso metonímico de la enfermedad para hacer referencia al paciente por parte de los doctores («¿qué tenemos aquí?», dice un neurólogo cuando entra en su habitación del hospital¹⁸); 6) la higienización esencializante que se hace del «oncocuerpo» en su representación generalizada a través de los medios y de la mayoría de los relatos de ficción (películas o campañas publicitarias, especialmente). Sobre este último aspecto, explica:

En la actualidad, la imagen del enfermo de cáncer sancionada desde las instancias de poder sociopolítico se caracteriza por una extrema depuración. La metamorfosis que sufren los cuerpos bajo tratamiento oncológico es representada como un proceso hacia lo espectral. (...) El oncocuerpo es tratado y mostrado, fundamentalmente a través de los medios de comunicación de masas, como un organismo frágil y depurado que encierra una existencia etérea. Yo misma, en el momento más duro del tratamiento, me llegué a pensar en términos de esencia (43).

Ante esto, la autora reclama, no sólo, como vimos, evidenciar el dolor, los afectos y los placeres que recorren y colman activamente el cuerpo enfermo, sino incluso visibilizar «el espacio que la inmundicia y la degradación ocupan en el desarrollo de la enfermedad y en su tratamiento terapéutico» (ídem), como instrumento desestabilizador de esta imagen espectralizada del enfermo de cáncer. Lo que denuncia la ensayista, con todo, es que, debido a los mencionados mecanismos de representación, la disposición de cada sujeto que enfrenta una situación de enfermedad como la suya es la de reproducirlos y pensarse a sí mismo desde ellos, supeditando así la propia experiencia a la función genérica que se pasa a ocupar, como casilla vacía y reemplazable del imaginario social: «el enfermo rara vez es actor en su relato, porque el tratamiento médico, que impone su narrativa hegemónica, le asigna un rol pasivo, paciente» (66).

¹⁸ Eso lleva a la ensayista a la siguiente reflexión: «Se ha entendido esa analogía como la imposición al enfermo de una identidad que es reduccionista, deshumanizadora y patologizante (...). Se puede entender que sea operativo para la comunicación hospitalaria reducir «persona que padece un linfoma» a un escueto «linfoma». Pero es obvio que esa típica metonimia clínica da pistas sobre la operación que realiza el médico al abordar un caso particular de enfermedad» (87).

3.3. *Más acá del cuerpo, más allá del individuo: hacia lo común*

Pero la reclamación de la experiencia subjetiva o corporal contra los discursos que encuadran la vida social es sólo una primera fase, impugnadora, de la poética del pensar en precario, y en ningún momento se trata de, con ello, reivindicar el ámbito de lo puramente individual. Antes bien, ello sirve para, en virtud de la vulnerabilidad de todos los cuerpos, poder situar la experiencia precaria como centro de aquello que ontológicamente compartimos los seres humanos y, consecuentemente, como el elemento ineludible sobre el que debería pivotar toda organización político-social. Por esto, los relatos de la precariedad comparten la necesidad de, en primer lugar, desculpabilizar al «yo» de su situación singular y, seguidamente, sentirse como un caso más dentro de una extendida comunidad de afectados.

Y es que la culpa es un sentimiento que marca invariablemente la experiencia del sujeto precario. Es un hecho revelador y alarmante: en el mundo de individualismo institucionalizado que habitamos, donde el *self-made man* es el modelo de subjetividad de éxito privilegiado y donde el discurso dominante responsabiliza siempre al individuo de su propia fortuna o desgracia, los sujetos que experimentan el fracaso, la carestía más acuciante o el desvío de la norma perciben intuitivamente su situación como culpa personal. En el caso de la pobreza, lo examina, por ejemplo, Albert Sales i Campos en su libro *El delito de ser pobres. Una gestión neoliberal de la marginalidad* (2014).

Por su lado, el paradigma científico-empírico del saber, que opera siempre por abstracción, tiende a despolitizar aquello que enuncia al aislar los casos de observación, contribuyendo a la interpretación segregada y culpabilizadora e impidiendo, muchas veces, la lectura estructural o la comprensión del factor socio-ambiental en su aproximación: «El conocimiento científico, por tanto, sirve de sustento a unas pautas disciplinarias que el individuo debería observar. Dentro de ese paradigma tiene sentido mi miedo inicial a ser yo la culpable de mi desventura» (110). En este sentido, ya antes, había observado Taranilla:

No es una novedad decir que en esa década (los años 1980) se gesta la idea tan activa en la actualidad de que el individuo es responsable de los actos que puedan perjudicarlo. El sida fue uno de los detonantes del proceso de responsabilización del enfermo ante la enfermedad (...). Descubrir cuál es la naturaleza de la obligación de cuidarse, identificar al órgano normativo del que tal mandato emana, ha sido parte del aprendizaje de estar enferma (28).

Pensar en precario, pues, significa también cuestionar la actual imposición del cuidarse como tarea individual para promulgar una idea del cuidado colectivo, como principio y prurito económico-político, pues es lo único que puede garantizar una vida digna para los seres humanos, en condiciones de igualdad¹⁹. Por eso, la otra cara de la desculpabilización del yo es la búsqueda de lo común, desde la conciencia de la igualdad de los cuerpos vulnerables. Cuando piensa en los días en el hospital, compartidos con los demás enfermos, Raquel Taranilla recuerda: «entre nuestros cuerpos blanquecinos, vestidos con los mismos pijamas y sujetos a penurias semejantes, se establecía una afinidad que borraba cualquier diferencia previa al cáncer: ellos eran yo» (122). Se establece, de este modo, la autoconciencia de pertenecer a una comunidad de afectados (y no ya de vivir una situación extraordinaria de la que el individuo deba responsabilizarse) en nombre de la cual la voz de la ensayista se convierte también en un relato que trasciende la mera esfera individual²⁰. Así lo declara nuestra autora en su introducción:

desde mi bagaje emocional e intelectual abordo la empresa de desentrañar los hechos que han configurado mi enfermedad, que, justamente porque ha tenido poco de excepcional, puede servir para mostrar lo que viven en carne y hueso los muchos enfermos que en este momento están sometidos a un tratamiento (16).

De este modo, lo que podía parecer limitarse a ser una comunidad de víctimas va más allá de la constatación de su debilidad o infortunio para erigirse como comunidad de sostenimiento mutuo y, especialmente, de sentido. La producción de sentido desde abajo, desde la desposesión o el dolor, es la marca de la precariedad y también la posibilidad de empoderamiento de un sujeto que se sabe espejado en cada situación de vulnerabilidad ajena. Por eso, el relato precario es un pensar que se enuncia en nombre de un universalismo débil, fundado en la fragilidad compartida que abre el espacio de lo común, como contrapunto al universalismo fuerte de la racionalidad instrumentalista.

3.4. *¿Qué es una vida?*

Hemos arrancado nuestro recorrido por las teorías de la vulnerabilidad con esta

¹⁹ En el caso de Taranilla, eso se acentúa desde la conciencia de que su vida dependía del cuidado ajeno: «Al pensar en esos días me sorprende al descubrir que eso que soy fue depositado en custodia en el hospital. Someterse a tratamiento médico exige un acto de confianza ciega en los seres humanos (...) Mi mecánica corporal estaba en manos ajenas» (72-73).

²⁰ Lo mismo ocurre, por ejemplo, con la propuesta filosófica de Marina Garcés (2013: 18): «Yo no sé decir dónde empieza mi voz y acaba la de otros. No quiero saberlo. Es mi forma de agradecer la presencia, en mí, de lo que no es mío».

pregunta, formulada por Judith Butler, como origen y preocupación recurrente de sus propuestas. Lo que en última instancia encontramos en el ensayo de Taranilla es el deseo de formular una concepción de la vida que huya de los esquemas y las simplificaciones que a menudo producen los dispositivos biopolíticos del poder establecido y que tienden a disciplinar a los ciudadanos a través de ciertas prácticas cuyo fin es el de «repetir mundo»²¹. «He tenido que inventar la idea de vida para entender qué es la enfermedad», dice Santiago López Petit en *Hijos de la noche* (2014:13). Taranilla también, y para ello tiene que empezar por denunciar el equívoco que supone equiparar vida y salud, una asunción proveniente del paradigma clínico moderno, y del que emana toda una cosmovisión según la cual, el cuerpo humano está «sometido a un constante cerco de la naturaleza»²² (111). La idealización del cuerpo sano, aquí denunciada, disocia al ser humano de su entorno, entronizándolo como sujeto soberano y convirtiendo el hábitat del que es intrínsecamente dependiente en un medio hostil y acechante, por obra de una razón que se piensa autosuficiente, origen y final, alfa y omega de la existencia. Este sujeto, soberano y autosuficiente, sólo puede entender la inevitable llegada de la muerte como un final truncado para su proyecto vital, del que la enfermedad no es más que prefiguración: «el tabú fundamental que hay detrás de la retórica de la enfermedad, es el tabú de la muerte» (34). Para el enfermo de cáncer, que, según reconoce Taranilla, «frente a otros tipos de enfermos (...) se siente protegido y comprendido», este tabú deriva en la imposición «al oncocuerpo de algunos deberes», de los cuales, «el más opresivo es el deber de la lucha» (137): «Ese deber de pelear hasta la muerte nace de la tiranía de la vida, que es una diosa que nos obliga a valorarla sobre todas las cosas, a sacrificarnos en su nombre. (...) *Vale la pena* está en el credo del hospital, pero es un compromiso esotérico» (138).

Contra esto, lo que en última instancia ofrece *Mi cuerpo también* a través de la crítica sin concesiones a los andamios epistemológicos e ideológicos de nuestra cultura, y desde la experiencia profunda de la vulnerabilidad del cuerpo, es reconsiderar de raíz la visión de lo que una vida significa:

²¹ Esta es una idea recurrente en la obra de Remedios Zafra y que alude, por supuesto, a la capacidad del orden establecido a reproducirse y a mantenerse a costa de lo que espera de los individuos.

²² En este sentido, Taranilla alude al libro de Cristóbal Pera, *El cuerpo asediado (Meditaciones sobre la cultura de la salud)* como ejemplo de visión canónica de la medicina sobre el cuerpo, citando algún pasaje revelador: «Conocidas las debilidades intrínsecas del cuerpo humano, (...) hoy sabemos que es posible mediante un estilo de vida saludable, reducir su vulnerabilidad, hacer más lento, más limitado y menos profundo, su ineludible deterioro biológico». Para la escritora, uno de los problemas de esta concepción es precisamente la responsabilización del individuo ya que «según se asegura, todos podemos resguardarnos de esos peligros siguiendo unas pautas de vida sana, de vida buena» (111).

El hecho de que mi recuperación dependiese de un calibre tan minúsculo (...) me llevó a contemplarme desde una cima vertiginosa: desde el cuerpo entero hasta el leucocito se abre ante mí una distancia sideral que me vuelve inabarcable. Para pensarme requiero de catalejos que no están a mi alcance y que además no sabría utilizar. Mi mirada es epidérmica (168).

Pensar en precario supone aceptar la inabarcabilidad e irreductibilidad última de la vida y del propio cuerpo, que pone en cuestión todo cierre de significado, toda captura conceptual. El aprendizaje de la escritora a través de la enfermedad es el de la duda respecto a cualquier discurso totalizador que pretende encuadrar la realidad, ya sea éste el clínico o, por citar la analogía que ella misma ofrece, el jurídico. «La ficción del organismo indemne» se basa en que «como la inocencia para los juristas, la salud es una presunción, un estado de gracia a falta de evidencias que demuestren que el cuerpo se corrompe» (29). Así como la ideología médica se levanta sobre el convencimiento de poder conocer el comportamiento biológico de los seres humanos, la jurídica «abriga la convicción de que la actividad jurisdiccional está capacitada para descubrir el pasado», mientras que «lo cabal sería aceptar que los tribunales (y los médicos, podemos añadir) hacen lo que pueden» (30). Por este motivo, la figura que se alza sobre esta nueva concepción de la vida, que no confía en la posibilidad de enunciar certezas, es la de un «intelectual vulnerable», que alberga en su propio pensar lo indeterminado, lo disruptivo y lo no-codificado, cuestionando así la jerarquía de los saberes e incluso su propia voz, especialmente cuando cae en la tentación de encarnar la figura del experto, hablando desde la seguridad disciplinada de un saber oficial. Y por esto mismo, Taranilla acaba su ensayo (antes de dar pie al epílogo) relatando de manera asombrosamente poética la extrañeza ruborizante que sintió el primer día que, una vez superada la enfermedad, se dispuso a impartir una clase de filosofía jurídica:

Hablé de la materia de la que están hechas las leyes, los contratos, los juicios, las negociaciones y los pactos, y me fundí en mi flamante yo. Sufrí un arrobamiento que sólo se tambaleó un segundo, cuando me oí decir igual que el cirujano maneja el bisturí, el jurista opera sobre la realidad con palabras, y entonces noté suave el roce del catéter contra mi vientre y un residuo del oncocuerpo que fui se situó tras de mí en la tarima. Su presencia no llegó a turbarme. Nunca lo hace. Solamente es una perforación en el tiempo a través de la que alcanzo una armonía nuclear (187).

Si el grueso del ensayo se divide en dos partes que reproducen el binomio clínico (la primera se titula «El lado de la salud» y la segunda «El lado de la enfermedad») lo que encontramos después de este fragmento es un epílogo que se presenta con el subtítulo «En la sala de espera». Ese es el símbolo escogido por la autora para aludir poéticamente al lugar propio del sujeto que ha aprendido a incorporar la incertidumbre y la apertura hacia lo incognoscible en su propio *pensar*, una vez pasado por el proceso de la enfermedad y el tratamiento, una vez derrumbada la ilusión de la salud («que se ha revelado un espacio tan precario, tan engañoso, que ha dejado de ser una tierra prometida» (192)). La sala de espera, ese no-lugar que habita en el interregno entre el dolor y el diagnóstico, es también el nuevo espacio de enunciación del yo: «Desde la sala de espera en la que estoy acampada he establecido un diálogo con ese archivo oficial de mi enfermedad, matizándolo, completándolo, incluso cuestionándolo» (193). Una sala de espera que tiene mucho de intemperie.

¿Cómo pensar y pensarse *desde* la sala de espera que es la vida misma, entonces? Las palabras finales del ensayo lo apuntan sin enunciarlo, sin categorizar, recurriendo de nuevo al símbolo poético, al significado abierto. Y esta parece ser ya una propuesta: pensar en precario tiene más de apertura de sentido que de afirmación taxativa, para lo cual, el lenguaje pensativo del ensayo recurre muchas veces a tropos y estrategias propias del uso lírico (imágenes, símbolos, metáforas, etc.)²³. Así termina el ensayo:

En definitiva el cáncer ejerce un influjo en mi vida denso y transversal, pues no es simplemente algo que me pasó, sino sobre todo algo que me constituye. Y su proceder ha resultado tan lógico, tan radical, que, si bien estoy lejos de bendecir su llegada, respeto sin reserva que se quede. El cáncer me supera: cuando de mí y del hospital, cuando de la especie humana quede solamente polvo, el cáncer seguirá expandiéndose imparable, siempre en flor. (194)

4. Conclusiones: ¿hacia una nueva intelectualidad?

El recorrido que hemos trazado nos ha conducido a esta potente imagen: la de un sujeto precario empoderado, que ha aprendido a abrazar la incerteza que lo habita y a ponderar lo imprevisible y lo inabarcable como principio mismo de la vida. La positivación semántica del cáncer, «siempre en flor», como metáfora de lo que trasciende lo humano, nos invita a comprendernos desde la vulnerabilidad radical y a abandonar las ficciones que apuntalan al

²³ En este sentido es muy significativo el cambio de estilo que supone el libro de Remedios Zafra, *Los que miran* (2016) respecto a su producción anterior. En éste, que parte de y gravita en torno a la muerte de su hermano Manuel, el estilo poético inunda lo que en los anteriores era una prevalencia de reflexión analítica.

sujeto: la salud, la racionalidad, la normatividad social, lo establecido. Por ello, la voz que toma la palabra en este ensayo está muy lejos de querer asentar ningún tipo de saber ni hablar en nombre de ninguna verdad absoluta. En este sentido, el ensayismo de la precariedad recupera la particularidad de la forma-ensayo inaugurada por Montaigne y se alza como un modo de pensamiento alejado de lo que ha caracterizado el espacio enunciativo propio del intelectual, al menos desde Émile Zola y su archicitado «*J'accuse!*», y que le ha otorgado un lugar de privilegio social como figura de conocimiento, ya sea como legislador o como intérprete, según la conocida formulación de Bauman (1997).

La pregunta, entonces, es si en estos ensayos se articula una nueva figura que hemos denominado el «intelectual vulnerable» y que se ofrezca como modelo de una intelectualidad desestabilizante, alternativa. No cabe aquí el desarrollo de esta propuesta, que en todo caso no deja de ser problemática en la paradoja de su propia formulación, pues podemos pensar que hasta cierto punto la adopción de la voz vulnerable, con su voluntad desjerarquizadora de los saberes, invalida la propia idea de intelectualidad. Puede ser. Puede que en realidad se trate del germen de una nueva relación con el pensamiento y el conocimiento que no sea subsidiaria de estas formas prestigiadas. Y, sin embargo, ¿cómo entender el poderoso influjo que la propuesta de Raquel Taranilla y los demás autores convocados aquí tienen sobre la comunidad de sus lectores? ¿Cómo interpretar sus voces pensantes sin obviar que se insertan en un campo intelectual articulado que, lo quieran o no, los inviste de una autoridad y los invita a entrar en el juego del valor cultural, una arena en disputa donde se amontonan tantos factores simbólicos, mercantiles e institucionales en tensión?

De momento, creo que la hipótesis del intelectual vulnerable sirve para seguir interrogándonos sobre el lugar de un tipo de pensamiento, el que no está anclado en lo académico o en las disciplinas de prestigio, en una época, como la actual, acuciada por la precariedad y por la crisis de representación política e intelectual.

Ae

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV.: *El retorno de los intelectuales a la realidad*. Hondarribia: Hiru, 2004.
- AZÚA, Félix: *Historia de un idiota contada por él mismo o el contenido de la felicidad*. Barcelona: Anagrama, 1986.
- ÁLVAREZ-BLANCO, Palmar y Antonio GÓMEZ LÓPEZ-QUIÑONES (eds.): *La imaginación hipotecada. Aportes al debate sobre la precariedad del presente*. Madrid: Ecologistas en Acción, 2016.
- BAUMAN, Zygmunt: *Legisladores e intérpretes: sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
- BUTLER, Judith: *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- : *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Buenos Aires: Paidós, 2010.
- : «Rethinking Vulnerability and Resistance», en Judith Butler, Zeyneo Gambetti y Leticia Sabsay (eds.). *Vulnerability in Resistance*. Durham y Londres: Duke University Press, 2016.
- CAMPS, Victoria: «El tiempo de los derechos y de la precariedad», en Palmar Álvarez-Blanco y Antonio Gómez López-Quñones (eds.): *La imaginación hipotecada. Aportes al debate sobre la precariedad del presente*. Madrid: Ecologistas en Acción, 2016, pp. 158-171.
- CATELLI, Nora: «La enfermedad desde el saber y la lectura», *El País*, 23 de marzo de 2015. Consulta online: http://cultura.elpais.com/cultura/2015/03/23/babelia/1427129772_071781.html
- ESCALERA CORDERO, M. (coord.) *La (re)conquista de la realidad. La novela, la poesía y el teatro del siglo presente*. Madrid: Tierradenadie, 2007.
- FERNÁNDEZ-SAVATER, Amador: «Una fuerza vulnerable: el malestar como energía de transformación social», *eldiario.es*, 27 de enero de 2017. Consulta online: http://www.eldiario.es/interferencias/malestar-energia-transformacion-social_6_606199392.html
- FISHER, Mark: *Capitalist Realism. Is There No Alternative?* Londres: Zero Books, 2009.
- FOSTER, Hal: *El retorno de lo real. La vanguardia a finales de siglo*. Madrid: Akal, 2001.
- GARCÉS, Marina: *Un mundo común*. Barcelona: Bellaterra, 2013.
- GIORDANO, Alberto: «El discurso sobre el ensayo en la cultura argentina desde mediados de los '80», *452°F. Revista de teoría de la literatura y literatura comparada*, 14 (2016), pp. 175-191.

- GÓMEZ L-QUIÑONES, Antonio: «La precariedad de la precariedad y el discreto encanto de la culpa política», en Palmar Álvarez-Blanco y Antonio Gómez López-Quiñones (eds.): *La imaginación hipotecada. Aportes al debate sobre la precariedad del presente*. Madrid: Ecologistas en Acción, 2016, pp. 172-190.
- GRACIA, Jordi y Domingo Ródenas de Moya: *Pensar por ensayos en la España del siglo XX. Historia y repertorio*. Barcelona: Edicions UAB, 2015.
- HARVEY, David: «The 'New' Imperialism: Accumulation by Dispossession», *Socialist Register*, 40 (2004), pp. 63-87.
- LAFUENTE, Antonio: «El saber, para quien lo necesita», en Amador Fernández-Savater: *Fuera de lugar. Conversaciones entre crisis y transformación*. Madrid: Acurela y A. Machado, 2013, pp. 233-254.
- LAVAL, Christian y Pierre Dardot: *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa, 2013.
- LÓPEZ GIL, Silvia: *Nuevos feminismos. Sentidos comunes en la dispersión. Una historia de trayectorias y rupturas en el Estado español*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2011.
- : «¿Cómo hacer de la vulnerabilidad un arma para la política?», en Sonia Arribas y Antonio Gómez Villar (eds.): *Vidas dañadas. Precariedad y vulnerabilidad en la era de la austeridad*. Barcelona: Artefackte, 2014, pp. 99-111.
- LÓPEZ PETIT, Santiago: *La movilización global. Breve tratado para atacar la realidad*. Madrid: Traficantes de sueños, 2009.
- : *Hijos de la noche*. Barcelona: Bellaterra, 2014.
- LOREY, Isabelle: *State of Insecurity. Government of the Precarious*. Londres y Nueva York: Verso. 2015.
- : «El regimen de precarización: la política europea de culpa y deudas», en Palmar Álvarez-Blanco y Antonio Gómez López-Quiñones (eds.): *La imaginación hipotecada. Aportes al debate sobre la precariedad del presente*. Madrid: Ecologistas en Acción, 2016, pp. 229-259.
- MARTÍNEZ RUIZ, José: *Diario de un enfermo*. Madrid: Cátedra, 2015.
- MENDIOLA, Ignacio: «Vulnerabilidad, precariedad e inhabitabilidad: imágenes para repensar la producción de vidas (in)vivibles», en Sonia Arribas y Antonio Gómez Villar (eds.):

- Vidas dañadas. Precariedad y vulnerabilidad en la era de la austeridad*. Barcelona: Artefakte, 2014, pp. 45-75.
- MUÑOZ, Jacobo: «El sujeto de la vida dañada», en *Figuras del desasosiego moderno. Encrucijadas filosóficas de nuestro tiempo*. Madrid: A. Machado Libros, 2002, pp. 369-390.
- NEGRI, Antonio y Michael Hardt, *Declaración*. Madrid: Akal, 2012.
- PÉREZ OROZCO, Amaia: *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de sueños, 2014.
- RANCIÈRE, Jacques: *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*. Barcelona: Laertes, 2003.
- SÁNCHEZ CUENCA, Ignacio: *La desfachatez intelectual. Escritores e intelectuales ante la política*. Madrid: Libros de la catarata, 2016.
- STANDING, Guy: *El precariado. Una nueva clase social*. Barcelona: Presente & Pasado, 2013.
- TARANILLA, Raquel: *Mi cuerpo también*. Barcelona: Libros del Lince, 2015.
- WIENER, Gabriela: «Raquel Taranilla: «A veces me pregunto si el cáncer no es lo más libre que ha hecho nunca mi cuerpo»», *LaRepublica.pe*, 19 de abril de 2015. Consulta online: <http://larepublica.pe/19-04-2015/raquel-taranilla-a-veces-me-pregunto-si-el-cancer-no-es-lo-mas-libre-que-ha-hecho-nunca-mi-cuerpo>